

El half back del colegio militar, el gran Federico

DÁMASO MURÚA

Recuerdo ahora que los hechos que narraré en seguida, sucedieron en los años 1977 ó 1978. Yo me ganaba el cheque quincenal en un instituto nacional de vivienda. Un político taimado pero muy sabio, me acomodó estratégicamente en el rincón escandaloso en que se ocupaban de controlar a los conjuntos habitacionales de la Cd. De México. Estaban, ya en esos años, más de 100,000 casas habitación, en poder de los trabajadores.

Ingenieros y arquitectos se dedicaban a la construcción de vivienda, eran delincuentes de la transa y las alcabalas más inimaginables, que se apellidaban Ahumada, Benhumea, Moroyoqui, Ica Borges y Gómez Crispín, entre los que yo me acuerdo todavía.

Dos meses antes de la navidad anual, caí por la coordinación defeña, para lo cual tuve que aprender trucos, dialectos telefónicos, y a detectar los polivalentes caracteres de los contratistas. Como a los quince días, llegó a las oficinas un viejo conocido mío: el charrón Federico Escobedo Garduño, hermano del Mayor Martín Escobedo, ambos jugadores del Colegio Militar, Los Aguiluchos. FEDE, como corredor en el half izquierdo y el Mayor, como centro en la línea de ataque de aquel equipo que jugaba con melones amarillos.

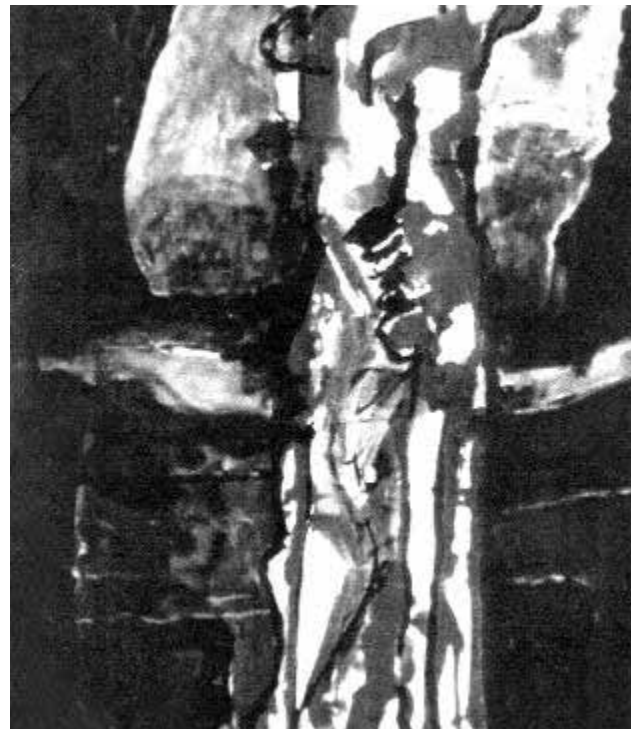
Escobedo, se sorprendió cuando le dije que lo conocía desde 1954, precisamente como deportista. Yo escribía entonces en el diario deportivo La Afición, de ahí que me hubiera grabado los nombres de atletas como el Pibe Vallarí, la Caledonia Nava, el Tigre Medina, la Muñeca Saucedo, el Kolyons Bermúdez, y otro ejérci-

to de famosos. El jueguito, traía loca a la ciudad, desde la UNAM, la Normal, el Politécnico y el México City Collage.

Así fue como volvimos a hacer amistad, el tal Fede Escobedo y yo, ahora que es tan famoso, porque él se autonombra dueño del Terreno el Encino, rumbo a Toluca, que ahorita está provocando un posible desafuero en contra del Regente capitalino, el tabasqueño López Obrador. Me llamó mucho la atención leer su nombre, en los medios.

Seré breve, pues. Antes de esa navidad, un día que regresé a comer a mi casa, Elia, mi esposa, me informó que me habían enviado un regalo; el remitente era una empresa constructora. Descubrí la Cabinda y pial premeditados, cuando ví que era un reloj femenino, de unos veinticinco mil pesos. A mi mujer, le brillaron los ojos. Pero yo me lo llevé a la oficina, por naturales fines del cargo. Así actuabamos contra los lobos y coyotes de las constructoras, aunque sea difícil de creerlo ahora.

Le dije a Josefina Ocampo, mi secretaria, que le hablara a Federico Escobedo Garduño a su oficina y que



Iris Aldegani

lo convidara a tomarse un café conmigo en las oficinas del instituto viviendero.

Él, se anunció en la oficina, como tres o cuatro días después; y yo ni siquiera me imaginaba qué había pensado Federico sobre esa cita; si era para ofrecerle nuevo contrato de reparación de viviendas, liquidarle un pago retrasado, o si todo se reduciría al cafetón.

Dejé esperando afuera a Federico, y luego mandé que vinieran a la oficina, cuando menos ocho de mis colaboradores, que también conocían al half back del Colegio Militar. Pedí sillas, muchas, les solicité sentarse y le dije a Josefina que hiciera pasar al jugador.

Yo estaba sólo detrás del escritorio y en un cajón tenía le reloj de cuarzo, que me había mandado regalar. Le dije entonces:

–Federico, aparte de convidarte un café, quise molestarte para agradecerte el regalo que me enviaste a mi casa. (Acto seguido, saqué el reloj con su estuche y se lo entregué de regreso). De veras, te doy las gracias. A mi mujer le encantó. Quiero que te lo llesves a tu compañía, y te consideres relevado de un obsequio navideño en mi favor. Quiero decirte también, que en razón de este gran obsequio tuyo, ya ordené revisarte todos los contratos de reparación de vivienda que firmaste con nosotros. En la próxima semana te informaremos del resultado.

El jugador militar, estaba amarillo y silencioso.

Los empleados, guardaban silencio mortal. Quizás, algunos de ellos habían formulado sus contratos.

Por último, le dije a Fede:

–No te hubieras molestado. Me hubieras mandado un botella de coñac, nomás. Muchas gracias porque has venido, ahora..

También regresó a la semana siguiente, taciturno y más callado, porque bien sabía de las historias que acostumbaban escribir él y su hermano.

Le dije en esa segunda entrevista:

–Los contratos de reparación de las viviendas que no se ocupan con oportunidad, importan casi todos, un

valor de tres mil pesos en promedio por cada uno de ellos. Hay un contrato tuyo, en que cobras veinticinco mil pesos, por cada casita. Es la primera anomalía que te podemos notificar. Otros diez contratos tuyos, los estamos investigando en la Subdirección Técnica, con el Jimmy Gómez Crispín.

Federico se levantó y se fue.

Pero los Escobedo Garduño no tenían quijada de vidrio. Se levantaban de cualquier conteo o golpe de nocaut.

Muy altivo e indiferente, Federico Escobedo Garduño, pidió verme una semana después. Para decirme o informarme:

–Yo quiero aclararte que el alto precio unitario de reparación de casas, me lo concedieron en este instituto porque me obligaron a pagar altas comisiones obscuras por el contrato. Te voy a revelar, pero no se lo repitas a nadie, que al Sub Gómez Crispín, le pagué un 13 por ciento del total; pero hubo otros funcionarios aquí, que se fueron a divertir a Las Vegas, pagándoles yo todos sus gastos y pasajes..

Conociendo yo la tela de los casimires de la construcción mexicana, me comprometí a no hablar del asunto más que a la directora general del instituto. De los demás cómplices, ni me ocupé.

La reaparición de Federico, hoy reclamando unos terrenos que seguramente nunca han sido suyos, no me ha sorprendido. Que se preste a una conjura política, mucho menos. Ellos, él y su hermano, también fueron siniestros personajes en el día 2 de octubre de 1968, cuando don Julio Vargas, era de la PGR de esos tiempos.

En cualquier terreno, legal o físico, me comprometo sin vacilar a declarar y certificar mis palabras en este caso del half back del Colegio Militar.

Podrán deducirse algunas conclusiones distintas, pero a mí ya no me corresponde escribir un distinto sketch.